

COMO REZAN LAS SOLTERAS

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Vestíbulo de un templo. - A la izquierda del espectador la escalera de salida. - A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia. - Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oír misa. - Durante el oficio divino se estará oyendo un armonio.

I

(Petra cogiendo una silla)

Voy á rezar sentada, porque creo que de no usar, bien cómoda, las sillas, se me ha formado un callo en las rodillas, que será bueno y santo, pero es feo. Y así despacio, porque estoy de prisa, veré si llega Pablo; y en esta posición, oyendo misa, tendré un oído en Dios y otro en el diablo.

II

Petra, comienza tu oración del día: *Padre nuestro que estás...* (distráida) estoy furiosa de no ser pronto esposa... ¡Si en vez de madre acabaré yo en tía! No, no soy fea; y para el mundo entero no tienen más que este uso las hermosas. Me casaré, ¿no he de casarme? Pero... ¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!... Estaba... ¿dónde estaba?... Creo que ya llegaba á los cielos, esto es, á mi elemento; porque dicen las viejas que, como es sacramento, cae siempre del cielo el casamiento.... Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

III

Santificá... Santificá... ¡Dios mío! oigo un rumor extraño... ¿Será él? Voy á ver... (dirigiéndose á la salida y dejando caer al descuido el abanico, el rosario, etc.)

¡Qué desengaño!

No es mi Pablo, es su tío. Un tío que es un hombre atrabiliario, que llama estar muy malo á ser muy viejo, que al que le pide un real le da un consejo. ¡Qué inmortal es un tío millonario!

No viene, y yo deseo hacer alarde de lo mucho que sufro con su ausencia, y darle rienda suelta en su presencia á un gran suspiro que empecé ayer tarde. ¡Nadie! No llega. Mi esperanza es vana. ¡Ni un pájaro interrumpe con su vuelo esa línea lejana en que se une la tierra con el cielo!

IV

(Se vuelve á su asiento)

Volvamos á la mística tarea: *santificado sea...* Pero antes de seguir mis oraciones, quisiera yo saber ¿por qué razones de su casa á la mía, escalonadas, el Dios de las alturas de viudas, solteras y casadas, tendió una vía láctea de hermosuras? O tiene hoy pies de plomo, ó Pablo está de broma. En viendo una paloma se vuelve un gavilán, siendo un palomo. ¿Habrá visto á Paulina, la púdica sobrina del deán de Sigüenza? Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto, ya á preferir comienza la milicia del rey á la de Cristo. Tiene, además de un rostro peregrino, un pelo de oro fino; y cuando Dios reparte á una mujer ese color divino, le hace un sér doblemente femenino. ¡Ay del que va en el mundo á alguna parte y se encuentra una rubia en el camino!... Se me está figurando que estoy rezando mal, como cualquiera. ¿Estaré yo pecando? De ninguna manera. Mis tiernas distracciones no son raras. Y, en materia de amores, saben los confesores que la moral suele tener dos caras.

V

A Pablo con el aire de la ausencia se le constipa el alma con frecuencia, y me causan cuidados mujeres tan expertas, porque entre ellas, mejor que entre las puertas, suele haber en amor aires colados. ¿Estará con Vicenta, esa viuda que él dice ¡el embustero! que desprecia? Pero ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda? No hay sabio á quien no engañe cualquier necia. Mas ¿cómo ha de engañar esa Vicenta de tan péfidos tratos á un hombre tan sutil, que, según cuenta, estudia á las mujeres en los gatos? *Venga á nos...* ¡Qué sospecha impertinente! Quisiera continuar mis oraciones, mas no puede apartarse de mi mente la viuda que aspira á reincidente con más hambre de amor que diez leones. ¿Y él? ¿y él? Con los del cielo equiparados las mujeres son ángeles menores. En cambio, con nosotras comparados, los hombres no son malos, son peores.

VI

Venga á nos... ¿Si estará con Nicolasa que llama amor á amar á su manera?... ¿Que no la ama ni el perro de su casa, pues tiene peor sombra que la higuera? ¡Horror! esa casada arrepentida que hunde el globo terráqueo con su peso y que está ya en sazón para comida, pues tiene mucha carne y poco hueso, dice que en su inocencia se equivocó de esposo; y añade, como ley de su experiencia, que todo el que se casa se equivoca. Y, aunque aun existe, su difunto esposo, con cara de canónigo dichoso, todo cuanto sostiene lo jura por el alma de su esposa... Sin duda no le importa una gran cosa que el alma de su esposa se condene. ¡Amar á una casada! cree mi tía que eso es común hoy día. ¡Esos hombres traidores nunca quieren tener en sus amores ni registro civil ni vicaría!

(El telón cae al son de la marcha Real tocada en el armonio)

¡Amar á una casada! Vamos, vamos, si á mí me diera San Miguel su espada, ya estaría á estas horas traspasada...

(Rezando)

Así como nosotros perdonamos...

VII

Ese hombre se ha dormido, y yo tengo entretanto la sangre hecha un vinagre enrojecido. ¡Cuán maldita es mi suerte!...

(Suena dentro la campanilla)

(Dándose golpes de pecho) ¡Santo! ¡Santo!

Como estoy tan de prisa sigo haciendo del rezo un embolismo. ¿Quién podría creer que estoy en misa rezando y maldiciendo á un tiempo mismo? Mas ¿no he de maldecirlas? Abomino á las viudas, casadas y solteras que salen á un camino haciendo eses de amor con las caderas, y luego dan posada al peregrino metidas por bondad á posaderas.

(Se oye la marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo en la calle)

¡Qué rumor! ¡qué rumor! Se me figura... No parece sino que lo hace el diablo. No hay duda, pasa Pablo ahora que va á alzar el señor cura. Me voy; si ofendo al cielo le pediré mañana mil perdones. ¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo, mi rosario y mi libro de oraciones?... ¡Están, como la tropa en las acciones, cubriendo de cadáveres el suelo! Diré que los recoja al monaguillo que todas las mañanas, más bien que por demócrata por pillo, toca el himno de Riego en las campanas.

(Habla con un monaguillo que, haciéndose cruces, va recogiendo los objetos nombrados)

Voy, voy. Con estas idas y venidas me expongo á no llegar antes que pase...

(Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia)

¡Señor! ¡Señor! después que yo me case, ¡qué misas he de oír tan bien oídas!...

(Vase Petra por la izquierda)

LA ORGIA DE LA INOCENCIA

POEMA EN UN CANTO

I

La buena Ana María
llevó á rezar al cementerio un día
á dos niños cogidos de las manos.
Como estaba alto el sol, la tierra ardía;
y á causa de unos céfiros malsanos,
con el calor que hacía,
en aquel cementerio se sentía
el narcótico olor de los pantanos.

II

Mientras los tres marchaban,
las nubes, por el cielo divididas,
como sombras huidas,
sin pie en la tierra ni en el mar, volaban.
Y cuando Ana María
entró en el cementerio, en compañía
de un niño de seis años no cumplidos,
que á la edad que tenía
ya era un Colón, descubridor de nidos,
y otra niña menor, y más querida,
con su timbre de voz sin consonante,
que aunque se halle dormida
jamás duerme la risa en su semblante,
de su marido al contemplar la huesa
crecieron sus ojeras amarillas;
y poniendo á los niños de rodillas
«rezad - les dice - aquí.» La tumba besa,
y de sus hijos escondiendo el duelo,
sepultó entre los pliegues de un pañuelo
sus mejillas de lágrimas bañadas,
y hacia un rincón marchó, con sus pisadas
hollando el césped que acolchaba el suelo;
y allí apartada, con la fe invencible
de todo el que ve á Dios en lo invisible,
rezaba con angustia verdadera,
fijándose en un punto de esa esfera
á donde no hay orientación posible.

III

Ya alejada la madre,
los niños no pensaron ni un momento
en el nombre del santo de su padre,
sobre todo al mirar con gran contento
que por cierta hendidura
brotaban de la santa sepultura

dos zarzas que, cual plantas trepadoras,
tendiéndose de un lado al otro lado,
tenían el sepulcro coronado
de rositas, de ramas y de moras.

IV

Y como es tan corriente
que hasta en el trance del vivir más triste
en toda sangre juvenil existe
cierto calor de sedición latente,
los niños piensan al mirar las moras
en imitar de Lúculo la suerte.
¡Qué tremendas doloras
va haciendo á todas horas
la vida en sus batallas con la muerte!

V

A la vista del fruto
venció la tentación á la tristeza,
como un justo tributo
pagado á la brutal naturaleza,
y sirviéndole al niño en su ardimiento
el busto de su padre de escalera,
se sube á comer moras, tan hambriento,
que el infiel las reparte de manera
que echando una á su hermana, come él ciento,
mientras la niña ansiosa
para coger el fruto, cuidadosa
el faldellín levanta,
mostrando desnudeces seductoras,
y así cogiendo y devorando moras
se unta á un tiempo la cara, come y canta.

VI

¡Perdonad la ignorancia
de dos niños alegres que comían
frutos sabrosos que tal vez tendrían
del cuerpo de su padre la sustancia!
¡Esta es la ley impura que sufrieron
cuantos seres nacieron y murieron!
En los huertos romanos
los pájaros se comen los gusanos
que á los dueños del mundo se comieron.
Y esta fuerza, ora muerta y ora viva,
logrará eternizar nuestra miseria
con la fuerza atractiva y repulsiva
que agrupa y desagrupa la materia,

VIII

Y andando, y recordando aquella orgía,
ya siente con horror Ana María
las acres ironías del destino,
y cree ver por la tierra y por los cielos
las cenizas volar de sus abuelos
mezcladas con el polvo del camino;
y perdiendo la magia
de todas sus primeras ilusiones,
su corazón ya herido le presagia
que es el mundo una selva de leones
y la vida un festín de antropofagia.

IX

Y camina y camina,
y al entrar en su albergue sin aliento
aun ve en su pensamiento
la creación amenazando ruina.
Mas, vuelta en sí después, halla consuelo,
pensando en que el espíritu no muere,
y que el Dios de bondad, que tanto quiere,
lo que separa aquí, lo une en el cielo.
Y volviendo á su alma una por una
la fe sus perspectivas celestiales,
cuando cree, entre otras cosas inmortales,
que es el sepulcro una segunda cuna,
cayendo en Occidente el sol rendido
puso fin por fortuna,
tras un día de horror sin parecido,
á una tarde siniestra cual ninguna;
y después, sobre el mundo adormecido,
derramando la calma y el olvido,
su nevada de luz echó la luna.



EL ANILLO DE BODA

POEMA EN UN CANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Lugar de la escena: una plaza. A la izquierda del espectador, hacia el fondo, una tienda de bisutería. — Aparecen hablando, de pie, María y el mozo de la tienda.

I

¿Dar mi anillo de boda
por tan poco dinero?
¡Ah! no, este emblema de mi vida toda
vale más, mucho más, que el mundo entero.

(El mozo se retira y sigue María adelantándose hacia el proscenio)

Mas sin razón me inquieto.
Este hombre ignorará sin duda alguna
que, al pasear por el mundo mi esqueleto,
para hacer menos mala mi fortuna
me ha servido este anillo de amuleto.

II

(Mirando con éxtasis al cielo)

¡Perdón! ¡perdón! idolatrado esposo,
si no puede tu amor mirar con calma
la venta de este anillo tan precioso!
¡No ha comido hoy tu hijo, y es forzoso
por un poco de pan vender el alma!
Ya ves desde ese trono inaccesible,
que tu esposa María
podrá ser desgraciada todavía,
pero más desgraciada es imposible.
Soy una miserable
al vender tu recuerdo; mas ¿qué quieres?
en materia de leyes y deberes
la vil naturaleza es implacable.
¿Recuerdas aquel día
en que diste este anillo a tu María?
¡Oh, indeleble memoria!
te contaré la historia
con tenue voz, porque no me oiga alguno:
aquel día, tú loco y yo más loca,
nos dimos en la boca
un doble beso, que sonó como uno,

y de él quiso el destino
que brotase aquel sol, llamado Ernesto,
un sol que, por supuesto,
como es igual a tí, nació divino.
¿Que si es bello? Es tan bello,
que, no igualando a su hermosura nada,
parece en su cabeza iluminada
una raya de luz cada cabello.

Es, por lo reflexivo,
un hombre enteramente,
aunque por ser tan vivo
aun toma el chocolate por la frente.
El oírle charlar me vuelve loca,
pues cuando quiere con esfuerzos vanos
contarme lo que mira y lo que toca,
además de los ojos y la boca,
dialoga con los pies y con las manos.
Para él soy lavandera,
madre, sastra, nodriza y pordiosera,
y si pasa mucha hambre algunas horas,
tanto en su bien me afano,
que le llevo, en verano,
al campo a comer gratis zarzamoras.
Y aunque hay días enteros
en que su hambre con pan no satisfago,
contándole unos cuentos hechiceros
le entretengo con sueños venideros,
y con pedazos de papeles le hago
mesas, pájaros, flores y sombreros.

III

(Queriendo dirigirse de nuevo hacia la tienda)

Mas ¡qué memoria! Voy, voy al momento.
Se me había olvidado
que hoy me han contado un cuento
de un niño por los cerdos devorado.

¡Justo Dios! de pensar que mi tardanza
puede causar la muerte al hijo mío,
me dan todas las clases de ese frío
que media entre el terror y la esperanza.
Pronto ha empezado a declinar el día.
Ya hay más sombra que luz en mi mirada,
y al circular tardía
en mis venas la sangre congelada
parece que me enfría
la niebla de una noche anticipada.
¡Qué desdichada soy! ¡Qué desdichada!
Tal vez cansado de mi eterno duelo,
y sordo a mis querellas,
va echando sobre el mundo un denso velo
por creerme ya el cielo
capaz de hacer mal de ojo a las estrellas.
¡Maldita suerte mía!
Mas sufre aún, sin maldecir, María,
porque lleno de celo
te dijo el señor cura el otro día
que es mal hecho el que un pobre acuse al cielo.

IV

(Apoyándose en la esquina de una casa)

Voy. Llegaré, como la hiedra, asida,
a darle el postrer beso de mi vida.
No sé lo que me pasa...
En ella sostenida,
tal vez compadecida
esta pared me llevará a mi casa.
¿Si llorará esperando el hijo mío?
¡No! como es tan pequeño,
aunque se halle muy triste de hambre y frío,
ya pondrá fin a su tristeza el sueño.

V

(Cayendo al suelo desvanecida)

Mas pretendo seguir inútilmente.
No hay para mí consuelo.
Se me van las ideas de la frente,
y me caigo hacia el suelo
con ganas de dormir eternamente.

¡Qué confusión! Entre las sienas siento
cierto vago rumor que crece... y crece...
tanto que me parece
un diálogo de espíritus el viento.
¡Con qué implacable saña
me zumba algo siniestro en los oídos!...
¿Si serán los sonidos
de la muerte que afila su guadaña?...

VI

(Con voz desfallecida)

Lamaré. — ¿Mozo? — Aquí. — Pero estoy loca.
¿Cómo han de oír los ecos de mi duelo,
si ya tengo en la boca
la lengua como un témpano de hielo?

(Besando el anillo)

Ve tú, querida prenda
del único amor mío,
y al mozo de esa tienda,
a quien no puedo ver sin sentir frío,
le dirás que, por Dios, presto, muy presto,
le lleve pan a Ernesto,
que él en cuanto oiga ruido,
con la boca entreabierta,
se acercará a la puerta
como se asoma un pájaro a su nido.
¡Corre! ¡corre! Que él viva aunque yo muera.
¡Cuán débil estoy ya!... ¡Si yo comiera
algún poco de pan me aliviaría!
¡Pan! ¡pan! ¡Pobre María,
para el hijo de mi alma lo quisiera!
Pero, Señor, ¿qué es esto?
Esto es que muero de hambre aquí entre el lodo.
¡Ernesto!... ¡Anillo mío!... ¡Ernesto!... ¡Ernesto!
¡Adiós!... ¡Os dejo a entrambos!... ¡Adiós todo!...

(Muere)